
**RELATOS
DE UN FUTURO
IMPERFECTO**

Juan A. V.

Juan – Zaragoza – 20 de septiembre de 2004

Dedicado especialmente a todos los nacionalsocialistas serios de España, ya sabrá cada cual si realmente lo es.

Dedicado también a Rob Darken, cuyo trabajo defendiendo nuestra cultura pagana y nuestra raza blanca es un ejemplo a seguir. Su música me animó a seguir escribiendo.

.....

Este Libro es gratuito. Estás en tu derecho de copiarlo, imprimirlo y distribuirlo libremente por cualquier medio. Es más, te animo a hacerlo. No tienes, sin embargo, derecho a alterar su contenido. Para ello y para posibles traducciones, contacta antes con el autor para pedir su permiso:
viriato_88@hotmail.com

Por supuesto nadie va a denunciarte si no haces caso de esto. Es tan sólo una cuestión de ética.

EXORDIO

De estos relatos.

Quise con estos relatos, de alguna forma, dar un nuevo enfoque a la realidad que vivimos. No es fácil pasar por alto el constante ataque al que nos vemos sometidos por parte de los medios de comunicación. Resulta asombroso que todavía queden personas que sigan nuestra lucha. Es casi un milagro y quiero darles las gracias.

Porque cada vez que enciendes la tele, cada vez que abres una revista, cada vez que paseas por la calle y miras los carteles, te encuentras con una brutal propaganda, con el objetivo de reconducir en cada uno de nosotros el significado de “lo bueno” y “lo malo”. ¿Qué es bueno para ellos? Bueno es todo aquello que no pueda ser tildado de retrógrado, palabra a la que tanto hay que temer. ¿Y qué es lo malo? Es lo retrógrado, lo conservador.

De modo, que para no sentirse señalado, acusado, marginado, deberemos hacer caso omiso de todo nuestro pasado y mirar tan sólo hacia delante, hacia ese futuro que se nos ha preparado tan cuidadosamente.

¿Quién decide qué es lo bueno o qué es lo malo? No sé por qué se hayan tan seguros de sus afirmaciones. No sé por qué tengo que admitir y asimilar como un robot, que la izquierda y el progresismo es lo bueno y la derecha y el conservadurismo es lo malo. No lo entiendo, porque yo creo que perteneciendo a la extrema derecha no hago daño a nadie. No entiendo por qué debo sentirme perseguido, maldito. No sé por qué tendría que esconder mis ideas para evitar ser insultado y agredido por los buenos.

Por favor, aquellos que estén recurriendo ahora a su memoria histórica para rebatir mis palabras... No me contéis historias, porque nosotros también contamos historias.

Progresistas, izquierdistas, - en fin, rojos -. Buscan la libertad, que han convertido en su grito de guerra. Pero es tan sólo un espejismo. La libertad que persiguen la utilizan para silenciarnos a nosotros. Y se escudarán tras palabras de significado positivo como igualdad. Pero tal vez deberíamos analizar si la igualdad que ellos buscan es algo positivo. La mezcla de culturas, nos llevará a la larga, a la desaparición de todas ellas y a un “American way of life”, que tanto aborrecen algunos, pero al que tanto ayudan sin saberlo para alcanzarlo.

Imaginemos, la tabla de un pintor, con los diferentes colores. Mezclémoslos todos y obtendremos un color extraño, indefinido, suma de los anteriores. Intenta ahora extraer de la mezcla el rojo, el verde, el azul... imposible. Se han perdido para siempre.

Pero aun es peor si consideramos que hay razas más avanzadas que otras, genéticamente más aptas para el desarrollo intelectual y artístico. Entiéndase por esto, la raza aria. Y como ejemplos concretos, las civilizaciones griega y romana, por citar las más significativas, aunque son muchas más. Su mezcla con otras inferiores, creará una nueva raza, mejor que la inferior, lo cual es positivo. Pero desgraciadamente se habrá perdido el potencial de la raza más avanzada y no podrá volverse a recuperar, jamás. Perdido para siempre.

No digo nada nuevo, pero conviene recordarlo o hacerlo saber a quien no hubiera pensado antes en esto. Yo mismo no me lo planteé hasta no haberme familiarizado con determinadas doctrinas.

Acudiendo a casos concretos, todo puede adquirir un aspecto más íntimamente trágico.

Qué puede pensar un joven que ve aclamados como héroes a homosexuales en la televisión. Qué podrá hacer ese joven que pase por un mal momento y que vea cómo le ríen las gracias a los porreros. Qué camino podrá seguir la adolescente que vea en los anuncios a una modelo blanca acariciando ensimismada a otro de raza negra.

Cuando salga a la calle, ¿se encontrará al modelo o se encontrará al dueño de un prostíbulo?

Cuando el joven se fume su primer porro, ¿sentirá como flota en una nube o tendrá que ir a vomitar donde nadie le vea? ¿Se reirá alguien cuando le robe dinero a su madre para comprar más costo?

Y aquel joven que se haga homosexual, ¿le explicará alguien lo feliz que hubiera sido engendrando un hijo, sangre de su sangre, fruto del amor?

Esto es el progresismo. Es el aborto, es la ocupación, es la insumisión. Es, en definitiva, el camino fácil. El descenso que lleva a un pozo oscuro donde no puedes ver nada. ¿No es más gratificante el ascenso? ¿No es hermoso llegar a la cima y ver el mundo bajo tus pies? Mirar atrás y sentirse orgulloso de lo que has conseguido con el esfuerzo. Haber llegado tan alto.

Un mensaje especial para estos jóvenes anarquistas y violentos de extrema izquierda, que son tantos. Os creéis especiales, superiores. Os creéis rebeldes, inconformistas. Pero estáis muy equivocados. Tan sólo le seguís el juego al sistema. Ellos hablan y vosotros repetís sus mismas palabras gritando y así os sentís revolucionarios.

Si de verdad queréis luchar por algo, no lo hagáis por los intereses de los Estados Judíos de América. Hacedlo por los que tenéis más cerca. Luchad por un mundo mejor, no por terminar de corromper el actual.

Creerse bueno, no es lo mismo que ser bueno.

¿Por qué luchamos nosotros? Por conservar las cosas hermosas. Luchamos por evitar que todo cambie a peor. Nadamos contra corriente, porque sabemos que si seguimos el curso del río hasta el mar, moriremos allí. Habrá quien lo entienda y quién no. El que no sepa cuál es ese mar, podrá encontrar una breve descripción en estos relatos.

Relatos del futuro que nos aguarda si todo sigue como hasta ahora. ¿Pero quién puede conocer el futuro? Los dioses, los muertos, los que no forman parte de nuestra vida material. Por eso estos relatos nos los presentan nuestros ancestros, tan tuyos como míos.

Espero que estas pequeñas historias puedan transmitir lo que quiero. De conseguirlo, aunque sea en pocas personas, podré sentirme doblemente satisfecho. Primero por haberlas escrito y segundo por haber cumplido el objetivo de hacer llegar el mensaje.

Se dividen en tres partes, preludio, colapso y ocaso, cada una con sus historias. Los englobados en preludio pertenecen a una época prácticamente igual a la actual o tal vez dentro de unos pocos años. Colapso son más lejanos en el tiempo, pero no demasiado, cuando todo comienza a empeorar irremisiblemente, de forma imparable. Ocaso supone el fin de todo, cuando no quedan ya esperanzas.

Todo ello es presentado por nuestros ancestros, que son quienes nos traen los relatos, compartiendo con nosotros su sabiduría.

Espero que os gusten. Saludos. 14/88.

RELATOS DE UN FUTURO IMPERFECTO

PROLOGO

Hablan los Ancestros, héroes y sabios.

Escuchadnos... hijos de las tierras de Iberia. Escuchadnos, herederos de la sangre europea.

Somos vuestros ancestros. Escuchad nuestra llamada.

Vivimos junto a los dioses olvidados, más allá del horizonte, donde la tierra se junta con las nubes y el sol se une a la tierra en una luz cegadora. Escuchad nuestra voz, que llega hasta vosotros en un eco infinito desde tiempos remotos.

Nosotros, los ancestros, parte inmortal de la tierra íbera, cuya carne hace mucho que no es sino cenizas, vivimos junto a los dioses, pues somos héroes que luchamos valientemente mereciendo un lugar junto a ellos, hace ya treinta veces cien años.

Con una gran angustia os contemplamos, nosotros que vemos pasado, presente y futuro. En nuestros oídos resuena, imposible de acallar, el llanto del destino que espera a los hijos de la estirpe del Sol, cuya sangre corre por estas venas, llenando de ira nuestros corazones.

Escuchadnos, notad como nuestra voz se quiebra para anunciar tristes noticias, pues somos mensajero funesto de una fatalidad que se avecina, como una furiosa plaga que todo lo asola y al final, nada queda.

Oíd, prestad atención a nuestros relatos, terribles augurios, pues como furtivas imágenes que aparecen en mitad del sueño, han de enseñaros vuestro futuro si vuestra voluntad no es capaz de hacer frente a las desgracias venideras.

Estos son, hermanos de sangre, los días que habréis de vivir. Esto y no otra cosa, lo ha que de venir. Ved, lo que día a día estáis construyendo.

PRELUDIO

RELATO 1

Algo para recordar.

Los skinheads nacionalsocialistas, solían reunirse en un local.

Al principio, ningún vecino hizo demasiado caso, por desconocimiento tal vez. Hoy en día aparecen tantas noticias por los medios que ya no se sabe ni qué tipo de personas andan por el mundo. Lo mejor, es ir cada uno a lo suyo e intentar pasar el día lo mejor posible, sin preocuparse demasiado por lo que reivindiquen otros, siempre que no reivindiquen delante de tus narices.

A lo mejor por este motivo, nadie pareció quejarse en un primer momento de la presencia de este grupo de gente cerca de sus casas. Porque parecían no reivindicar nada en concreto, sino tan sólo reunirse allí, de modo que daba la sensación de que se hubiese abierto un nuevo bar en la zona.

Sin embargo, la situación de calma no duró demasiado. Los sectores más opuestos al nacionalsocialismo, cuando supieron de la existencia del local, pronto se pusieron manos a la obra. Imprimieron cientos de panfletos, en los que se leían cosas como: “Las personas que se reúnen en el local, son seres llenos de odio hacia todo aquel que es diferente. Negros, moros... todo en ello son prejuicios. Odian a todo aquel que ha venido a nuestro país con el único objetivo de trabajar honradamente para labrarse un futuro digno de un ser humano, tan humano como usted y como yo”. La carta terminaba con una petición final, “Ayúdenos a cerrar el local, juntos lo conseguiremos” y fue enviada a todos los vecinos de la zona.

De esta forma, de algún modo, sin hacer nada, ese grupo de chicos del local habían reivindicado algo, sin ni siquiera proponérselo. Y esto pareció molestar a los vecinos. Desde que les llegó la carta, ese local les habría de dar más problemas que cualquier otro negocio abierto antes. “No nos habría llegado una carta como esta de haber abierto una peluquería”, comentaban.

Creyendo que no sería suficiente con un poco de propaganda, se organizó también una manifestación bajo el lema “contra el fascismo ¡ni un paso atrás!”, en la que se corearon consignas tales como “No más odio, cierre del local” “Inmigrantes, bienvenidos” y cosas semejantes, al parecer del agrado de los medios de comunicación, que mostraron imágenes de la convocatoria en todos los medios, bajo titulares de apoyo como “Ciudadanos se manifiestan por la libertad” o “no hay lugar para el odio”.

Y así las cosas, no pasaron ni cuatro semanas, cuando el local se cerró, para no abrirse nunca más. Y la gente pareció respirar más tranquila, pues su barrio, su zona, era ahora, sin duda, más segura, sin esas personas cargadas de “odio” y de “prejuicios”.

Al poco tiempo, en el mismo local, paradójicamente, un grupo de inmigrantes abrió su propio negocio. La gente pareció bastante emocionada con esto, ya que veían en esta iniciativa, cómo aquello que les habían estado diciendo durante todos estos años acerca de los trabajadores que son los inmigrantes, era cierto después de todo y no se trataba de mera propaganda. Se interesaban por el negocio que abría sus puertas y conversaban a menudo con ellos.

Se trataba de un locutorio. Y al poco tiempo de su inauguración, ya mucha gente entraba y salía de él para hablar con sus seres queridos en otros países a bajo precio o enviarles dinero de una forma cómoda.

Pero un día, esta época de bienestar y felicidad se cortó de repente. Todas las televisiones retransmitían la terrible noticia de un atentado salvaje y cruel en unos trenes y estaciones. Las cifras de muertos eran escalofriantes, del orden de doscientos. Todos lloraban y se preguntaban cómo era posible que hubiera gente capaz de hacer algo así. Durante unos días, todo el mundo parecía vivir como en una pesadilla y pedían justicia, venganza.

Las investigaciones policiales dieron pronto sus frutos y las pistas fueron cada vez más claras, hasta que un día la policía, sin que nadie lo esperase, entró en el local, convertido ahora en un locutorio y detuvo a todos los que trabajaban en él. Al parecer, como se pudo demostrar más adelante, el locutorio se utilizó los días anteriores al atentado como centro de comunicaciones entre terroristas y fue además el lugar donde se planearon los trágicos sucesos. El negocio fue cerrado y los vecinos no se podían explicar cómo aquellas personas que se habían portado de un modo tan correcto con ellos, que habían sido tan amables, que siempre les saludaban con una gran sonrisa, habían podido ser los criminales que días atrás les habían hecho llorar amargamente en los sillones de sus hogares, al escuchar las noticias e imaginar la angustia que debían sentir los familiares de las víctimas.

Aquellos vecinos, se quedaron pensando, como hicieran meses antes al recibir aquella carta en sus buzones, en lo mal que estaba el mundo y se repetían constantemente “A donde vamos a llegar...”, aunque no hicieron nada más, ni volvieron a acordarse de los chicos del local.

Hubo, eso sí, personas que, sin embargo, seguían luchando por un ideal, que no iban a quedarse de brazos cruzados mientras este mundo se convierte día a día en lugar peor. Y de esta forma, seis meses después de

los atentados, se organizó una manifestación, nuevamente bajo el lema “contra el fascismo ¡ni un paso atrás!”

RELATO 2

Esperanza.

Conocí a Néstor hace ya bastante tiempo. Era un joven nacionalsocialista con el que pronto empecé a llevarme bien. Era un chaval muy alegre. Pero me impresionó de él especialmente lo claras que tenía sus ideas y lo bien que parecía llevar eso de ser una especie de bicho raro en un mundo sumergido en una corriente progresista en la que todos se esforzaban históricamente en actuar de forma políticamente correcta.

Lamentablemente, no vivíamos en la misma ciudad, de modo que nunca pudimos tener una amistad como la que podía tener con los camaradas con los que salía casi todos los fines de semana. Las veces que Néstor y yo coincidíamos eran, mayoritariamente, durante ciertos actos clandestinos que todavía se venían realizando en diversos puntos de nuestro país.

El último de ellos, fue una marcha en la noche, para honrar a los dioses paganos celtíberos. Estos homenajes eran especialmente tristes en una época en la que una religión como era la católica, se veía desbancada por una nueva islámica, sorprendentemente, de forma, si no pacífica, si al menos aceptada por nuestros ciudadanos legítimos, lo que nos dolía profundamente. De esta forma, a menudo utilizábamos la expresión “de la sartén al fuego”, para referirnos a estos singulares acontecimientos.

Cuando terminó la marcha, la escasa veintena de personas allí presentes, hicimos un corro alrededor de una hoguera y comenzamos a charlar animosamente. Invité a Néstor a una cerveza y después de hablar de varios temas intrascendentes, se puso algo más serio y me comentó un plan que parecía tener en mente y que me dejó bastante preocupado. Me dijo, que había conseguido reunir a lo largo de más de cinco años, una gran cantidad de explosivos. Él y otro amigo, trabajaban en una cantera y se habían hecho con el medio de llevarse a casa, cada día, una pequeña cantidad. Así, después de este tiempo, la cantidad de que disponían, era realmente impresionante. Me confesó que casi nadie sabía esto, tan sólo quienes estaban directamente involucrados en su plan, pero que quería que yo lo supiese, por lo que pudiera pasar. Pensaba que era bueno que alguien que no fuera a estar relacionado con sus planes futuros, conociese sus intenciones.

De momento, no me comentó nada más. Debí cambiar mi cara porque echó una carcajada al verme y me dijo que no me preocupara, que no iba a pasar nada malo. Dijo que confiara en él. Yo siempre lo había hecho y así lo seguí haciendo.

La noche terminó y nos fuimos, tristes pero algo reconfortados, cada uno a nuestros hogares.

No podía hablar del tema a través de internet ya que determinados temas eran automáticamente localizados en chats y correos por los servicios secretos que rastreaban la red, de forma que Néstor y yo optamos por el tradicional correo sobre papel.

Durante dos meses nos estuvimos carteando. Y es cuando descubrí realmente en qué consistían sus planes.

Al parecer, la intención de mi amigo y sus camaradas, era de colocar, en una sola noche, una gran cantidad de explosivos en cada una de las cuarenta y siete mezquitas que se habían construido en los últimos diez años en su ciudad, los cuales, estallarían casi simultáneamente a las cinco de la madrugada. A esas horas, no se encontraba nadie en el interior de los templos, con lo que era de suponer que no habría víctimas, lo cual era un punto importante ya que en caso contrario nadie tendría en cuenta lo altruista de estas acciones.

Para conseguir que las bombas estallaran, iban a hacerse con una gran cantidad de teléfonos móviles, lo cual hubiera supuesto un enorme desembolso, pero consiguieron crear una ficticia empresa a la cual una compañía telefónica provisionó de estos aparatos, de forma gratuita. Para cuando fueran a reclamar algo, ya descubrirían que todos los nombres facilitados eran completamente falsos.

Cuando Néstor me informó de la fecha en la que iban a realizar el atentado, me quedé perplejo. Sólo quedaban dos días. Iba a ser este mismo domingo. Y esa fue su última carta que recibí, de modo que las horas siguientes, las pasé atento a cualquier noticia relacionada que pudieran dar por la televisión o por la radio.

Pasé aquel fin de semana realmente nervioso. Imaginaba que mi amigo debía estar mucho más tenso que yo. Si era descubierto, las consecuencias serían para él, trágicas. Pero si lograba tener éxito, su acción pronto sería conocida por todo el mundo y pensaba que tal vez, más gente podría seguir sus pasos desde la clandestinidad. Sería como una especie de grito de auxilio final, último y desesperado. Una llamada de auxilio que debería hacer reaccionar a toda esa gente que, como nosotros, deseábamos un futuro mejor. Pensar en eso, me hacía estremecer y casi se me saltaban las lágrimas imaginando ese efecto dominó de los jóvenes nacionalsocialistas del mundo. Recé sin descanso la noche del viernes, todo el sábado y todo el domingo, deseando a mi amigo la mejor de las suertes.

Conseguí descargar una buena dosis de nervios a base de pasar las horas en el gimnasio, que me distraía bastante y templaba mis ánimos.

Y llegó el domingo. Si todo salía bien, esa noche la ciudad de Néstor ardería en tantos lugares que parecería como si las estrellas hubieran

descendido hasta las calles, arrasando los templos de nuestros enemigos. Me acosté con estos pensamientos y pronto quedé rendido al sueño. Tenía la intención de despertarme alrededor de las cinco para estar atento a cualquier noticia, pero por desgracia el cansancio de estos días pudo conmigo y para cuando abrí mis ojos ya eran más de las diez de la mañana. Di un salto de la cama y rápidamente fui al salón para encender la televisión. Cual fue mi sorpresa cuando comprobé, que todos los programas seguían su horario habitual, como si nada hubiera pasado. Ninguna mención al suceso, nada. En ningún canal. Encendí la radio y tampoco allí. Pero entonces, en la televisión interrumpieron uno de los programas para ofrecer un avance informativo.

« Seguimos informándoles para ampliar la información que adelantábamos esta mañana acerca del intento de atentado contra las mezquitas. Al parecer, ya hay varios detenidos. En las imágenes vemos el momento de la detención del máximo responsable de la organización, llamado Néstor, a la una de la madrugada en su domicilio, momentos antes de que se dispusiera a salir para colocar los explosivos.

Fuentes policiales han estudiado los dispositivos móviles que iban a ser utilizados para hacer explotar las bombas y han confirmado que se hallaban programados para hacerlo simultáneamente a las doce del mediodía, momento en que las mezquitas estarían llenas de fieles, con lo cual, se hubiera producido una verdadera masacre.

Momentos antes de su suicidio, Néstor confesó que su objetivo era acabar con “seis millones más”, para terminar con esos “malditos moros” de una vez por todas, palabras que confirmaban las sospechas policiales acerca de la ideología nazi de la organización, que comenzó a ser estudiada y seguida desde hace muy pocos días.

Por esta razón, la policía considera que su desarticulación ha sido un éxito sin precedentes, dado que el comienzo de sus actuaciones iba a ser “inminente y atroz”.

La comunidad islámica ha anunciado ya próximas movilizaciones y exigirá al estado una mayor seguridad, considerando que estos hechos “confirman sus sospechas de la existencia de núcleos racistas presentes todavía en nuestra tierra”.

El resto de los detenidos serán encarcelados y juzgados en las próximas semanas.

Seguiremos informando. Gracias. »

No podía creerlo. Néstor, muerto. El plan, por los suelos. Y para colmo ahora todo el mundo creía que sus verdaderas intenciones consistían en

hacer una masacre. Yo sabía que eso no era cierto y las palabras que habían citado en el informativo como tuyas, eran claramente falsas. Néstor no se había suicidado. A Néstor lo había matado la policía al enterarse de su ideología. Esta policía llena de extranjeros, llena de corrupción, llena de odio. Esta policía tan distinta a la que un día nos defendió, ahora era nuestro enemigo y había matado a mi camarada y acabado con nuestras esperanzas, con nuestros sueños.

Qué difícil va a ser levantarse ahora cada día ahora, camarada. Qué difícil al saber que no podré nunca hacer saber a la gente cómo eras realmente, porque si intentase hablar bien de ti, amigo nacionalsocialista, me censurarían, insultarían y perseguirían como al más cruel de los asesinos.

RELATO 3

Una historia reconfortante.

Lo que más quería en este mundo, era mi hija Cristina. Recuerdo su risa, sobre todo su risa. Y ese vestido blanco que le regalamos para su cumpleaños, como ondeaba cuando corría por el salón de nuestra casa.

Por aquel entonces, nuestro país vivía inmerso en una terrible cadena de atentados islamistas. Casi todos los días, o bien ocurría algún incidente o bien se desarticulaba algún grupo oculto bajo la fachada de alguna carnicería, locutorio e incluso mezquita.

Pronto me di cuenta, de que esto podría confundir al ciudadano de a pie, quien pensaría que todos estos musulmanes eran todos iguales, unos criminales, unos terroristas. Podrían pensar, que para uno de cada diez que pudieran ser honrados, no iba a merecer la pena traerse a los otros nueve.

Había que hacer ver, de alguna forma, que buenos y malos los hay en todas partes, sin importar religión, etnia o raza.

Afortunadamente, aparte de estos terroristas islámicos, en nuestro país también actuó en su tiempo una banda surgida de nuestro propio suelo, no venida desde lugares lejanos. Y así, pensé que esto me brindaba la oportunidad de ver satisfechas mis aspiraciones.

Gracias a mis poderosos contactos, organicé un pequeño atentado, sin víctimas mortales, que atribuiríamos a esta otra banda terrorista. Cuando estalló nuestra bomba en un cuartel, nos preocupamos bien de que la acción tuviese repercusión suficiente. Y así, en las noticias, apareció primero la desarticulación de un grupo islamista y justo a continuación, apareció la noticia de nuestro atentado. De esta forma, todos dijeron al ver estas dos noticias: “Es cierto... no sólo ellos cometen barbaridades. También nosotros. No debemos generalizar”.

De modo que conseguimos que no se firmaran leyes especiales que se redactarían contra una raza en concreto, lo cual, a mi modo de ver, resultaba un claro retroceso evolutivo de nuestra civilización, que debía basarse en la igualdad, para lograr, de esta forma, un mundo mejor, en armonía y en paz.

Pero quien me iba a decir a mí, que apenas un mes después de esto, un atentado islamista acabaría con la vida de mi querida hija Cristina... con su sonrisa. Y cuando recapacité acerca de cómo había actuado, cuando me di cuenta de lo estúpido que había sido y lo ciego que estaba... dios mío, no pude soportarlo. Salté por la ventana y acabé con mi vida.

COLAPSO

RELATO 4

Un lugar perfecto.

¡Qué país tan maravilloso el nuestro! Digno de envidia por el resto, es tan admirado que cada año miles y miles de personas vienen hasta aquí para disfrutar junto a sus ciudadanos de su hermosura.

Es lógico, es comprensible. Ellos en su tierra, lejana, donde apenas tienen algo que llevarse a la boca, deben contemplar atónitos las imágenes que les llegan a través de sus televisores, deben escuchar extasiados las historias de los vecinos con familiares en esos paraísos europeos. Luego miran a su alrededor y se encuentran con una realidad que no les gusta, que quieren cambiar. A uno se le escapa casi una lágrima de emoción pensando en lo felices que deben sentirse preparando las maletas para abandonar una casa ruinoso y viajar hasta aquel lugar con el que tanto han soñado.

Por eso no puedo evitar esbozar una sonrisa cuando me cruzo con ellos. Imagino lo bien que deben sentirse aquí, conmigo, en un país que ha alcanzado un grado de esplendor tan alto, donde nadie pasa hambre, ni le falta un techo bajo el que cobijarse, ni una cama de hospital donde le cuiden cuando cae enfermo.

Pero además de esto, trabajan junto a nosotros, ayudándonos ante el problema que existió en el pasado de falta de mano de obra y caída en picado de la natalidad. No sé que hubiéramos hecho sin ellos, la verdad.

Por esta razón, cuando les veo, me gustaría detenerme a su lado, mirarles a los ojos y decirles “gracias, de corazón, amigo”. Pues tanta bondad debe ser agradecida.

El sol se colaba a través de los cristales de mi apartamento y alumbraba la estancia. Alcé mi copa y los rayos la atravesaron creando unos bellos colores al refractarse en el whisky y el hielo. Todo era perfecto. Todo marchaba a pedir de boca. Finalmente, sentía como si, de algún modo, el mundo hubiera alcanzado un equilibrio perfecto de bienestar, de armonía, mientras las palabras casi proféticas del gran Albert Einstein, “una sola raza, la raza humana”, acudían a mi memoria haciéndome sentir todavía más cómodo, más seguro, sintiéndome yo mismo parte de ese único gran todo.

Tras apurar el último trago, cogí el mando a distancia y puse las noticias. Por desgracia, a partir de aquel día, la situación económica de mi país, comenzó a empeorar.

Hora tras hora, las noticias nefastas se acumulaban. Quiebra, huida de empresas, descenso en picado de las divisas y una creciente alarma social. La situación nos afectó a todos directamente pasados los primeros meses. Las noticias negativas que hasta entonces leíamos en los periódicos pudimos leerlas ahora en los saldos que reflejaban nuestras cartillas. Pasados unos meses, la conclusión fue bien clara: El país estaba arruinado.

El nuevo gobierno elegido, se apresuró en tomar medidas. Y lo primero que hizo fue lanzar un mensaje que sonó aterrador. Pedía la ayuda de todos los ciudadanos para salvar al país. El barco se hundía y debíamos achicar el agua con todas nuestras fuerzas, codo con codo. Sólo así, habría una posibilidad de salir adelante.

Animado por las palabras de nuestro líder, una llama pareció encenderse en mi corazón. Salí de mi letargo y animado por un fervor patrio, cogí mi abrigo y salí de mi apartamento decidido como nunca a luchar por mi país. Un deseo completamente nuevo de trabajar por mi gente nacía en mí. Ante mí parecían proyectarse mientras salía por la puerta imágenes de mi tierra, de mi gente, de mis ciudades. Los colores de nuestra bandera.

Mi sangre, era un caudal imparable que clamaba por recuperar el tiempo perdido.

Salí a la calle y cual fue mi sorpresa, que me encontré completamente solo. Miré a uno y otro lado y nada. Corrí de aquí para allá buscando alguna explicación. Nada.

Las que hace unos meses tan sólo, eran calles llenas de vida en las que llegaba a ser difícil incluso ir de un sitio a otro, ahora aparecían ante mí desiertas. No daba crédito.

Un momento. Ahí había alguien. Me acerqué precipitadamente hasta él y le pregunté dónde demonios se había metido todo el mundo. Cuando se volvió, reconocí en él a un antiguo vendedor de frutas a quien no veía desde mi niñez. Ahora estaba muy viejo y parecía algo desorientado. Su descuidada barba blanca le hacía parecer un loco. Me miró y me dijo “Yo no lo sé hijo mío. Deben estar trabajando, ¿no has oído al presidente? Yo también voy a trabajar. Abriré de nuevo mi tienda y volveré a vender comida en ella”

Y se fue. Pero más allá vi a otra persona. Alentado por su presencia corrí hasta él y cuando estuve lo bastante cerca, reconocí en él a un viejo conocido labrador del pueblo en el que pasaba yo los veranos de mi infancia. Alarmado le pregunté si sabía él dónde podía estar todo el mundo. “Qué sé yo” me contestó. “No he visto a nadie, pero nuestro presidente nos

ha dicho que debemos trabajar todos y yo debo ir a mi campo para sembrarlo de nuevo. Tengo mucho trabajo que hacer, disculpa”.

Desorientado, seguí caminando intentando encontrar una explicación coherente a lo que ocurría, cuando vi a alguien correr con unas maletas calle abajo. Rogando que se detuviera, logré detener por unos instantes a la apresurada persona. Y lo cierto es que sentí cierto alivio al reconocer en ella los rasgos de un inmigrante y no pude evitar esbozar una sonrisa.

“Amigo” le pregunté yo. “¿Sabes tú qué está pasando? ¿Dónde está todo el mundo?”. A lo que me contestó dejando sus maletas en el suelo “Claro hermano, todos nos vamos de este país en ruinas. Volvemos a nuestra tierra, que ahora es más rica que esta. Todos se han marchado ya o lo están haciendo ahora. Lo últimos vuelos están saliendo ya, debemos darnos prisa”.

“Pero... ¿no has oído al presidente?” grité yo sin comprenderle “¡Debemos trabajar todos! ¡Codo con codo!”.

“Si bueno” me respondió titubeante, “pero verás, yo ahora... no puedo. Lo siento hermano. Tengo prisa”.

Y dicho esto, recogió sus maletas y continuó su apresurada marcha, calle abajo.

Y yo, paralizado, miraba perplejo cómo se alejaba, dejándome solo.

RELATO 5

El ascenso.

Era de noche. En el porche del chalet podía escucharse una conversación animada. Una lámpara suspendida del techo alumbraba la mesa en la que estaban reunidos y proyectaba una cálida luz sobre el cuidado jardín.

Se estaba haciendo tarde. Andrés y Sonia, que vivían en aquella casa desde hacía un par de años, despidieron a sus invitados. Había sido una agradable y tranquila velada. Una vez solos, comenzaron a recoger los restos de la cena entre bostezos y estiramientos.

Apagaron las luces cuando terminaron y subieron hasta su dormitorio. Todo quedó en calma. El jardín, oscuro y con el único sonido de los grillos, incesante, monótono.

Pasaron unos minutos. Una sombra se movió en el jardín. Una silueta que se movía sigilosa hasta la puerta de entrada.

Era un negro, armado con una pistola.

La puerta estaba cerrada. Gritado una maldición, pegó una fuerte patada y esta se rompió, cediendo al empuje del negro.

Sonia todavía se encontraba en el piso de abajo. Ahí estaba ella, paralizada por el terror. Lanzó un desesperado grito de socorro. Pero fue tarde. El negro disparó contra ella. Un disparo en mitad de su cabeza. Sonia calló al suelo. La sangre recorrió su blanca piel.

Andrés bajó las escaleras sobresaltado, sólo para descubrir horrorizado aquella terrible escena.

El negro disparó, pero Andrés logró reaccionar a tiempo para dar la vuelta rápidamente y atrincherarse en su habitación.

Tembloroso, abrió el cajón de su mesilla y sacó de allí un viejo revólver de su padre. Agachado, detrás de la cama, apuntando hacia la puerta, esperaba la llegada del negro.

Se movió la manivela, pero el pestillo estaba echado.

- ¡He llamado a la policía! –Gritó Andrés-, Estás muerto cabrón.

Se oyó una carcajada detrás de la puerta.

- Jajajaja. Es demasiado tarde para eso, ¿no crees?

A continuación, un disparo hizo trizas el cerrojo. Y sin dar tiempo a reaccionar, el negro entró hecho una furia, disparando certeramente contra Andrés, que no pudo reaccionar. Calló de espaldas al suelo, sin vida.

Todo quedó en silencio. El negro echó un vistazo a la habitación mientras la sangre llegaba hasta sus pies.

A lo lejos, se escucharon unas sirenas. Pero el negro no hizo ademán alguno de querer marcharse. Todo lo contrario, siguió mirando a su alrededor, interesándose por el contenido de los cajones y estanterías. En unos segundos, la policía había llegado a la casa.

Eran varios coches. Rápidamente todos los agentes entraron en la vivienda y se llevaron el cuerpo de Sonia.

Un sargento subió las escaleras. Lo hizo sólo y parecía enfadado.

- ¡Kerrigan! – El sargento gritaba mientras llegaba al cuarto donde momentos antes se había atrincherado Andrés. Llegó a la presencia del negro, que le saludó amablemente. – No me equivocaba... Algo me decía que habías sido tu.
- Sargento, ha llegado muy rápido –Le contestó el negro en un tono sarcástico.
- Ahórrate la palabrería, Kerrigan – gritó el sargento-. ¿Qué significa todo esto?

El negro se echó a reír. Aun conservaba su pistola en la mano.

- ¿A qué viene esa risa? – Le preguntó el sargento cada vez más molesto.
- Muy sencillo – contestó el negro-. Mire aquella estantería.

El sargento, un tanto desconfiado, dando la espalda al negro, se dirigió hasta donde le había indicado. Echó un vistazo a los libros. “Dios mío” susurró mientras cogía uno de ellos al azar. “Esto es...”.

- En efecto sargento –El negro terminó la frase del sargento-. Esto es literatura revisionista. Los que ha visto muertos en el suelo, no eran más que nazis.
- Vaya, vaya...

El sargento se quedó un rato en silencio ojeando los libros, pasando las hojas pensativo. Finalmente, agarró al negro por encima del hombro con una actitud amistosa.

- Creo que me equivocaba con usted – Le dijo sonriente-. Ya lo creo... Es posible que muy pronto le concedamos ese ascenso, agente Kerrigan.

RELATO 6

Discurso final.

Por unos instantes, sus pasos firmes y decididos resonaron en la sala. No llevaba papeles bajo el brazo, tan sólo una idea muy clara en su mente, que iba a transformar en palabras ante la multitud que abarrotaba aquel recinto enorme y que esperaba sus palabras como apoteósico final a la obra que se había iniciado meses antes.

Pronto todos gritaron enfervorizados ante su aparición. Las banderas se agitaron y los brazos se extendían con fuerza, como empujados por el corazón. Se escuchaban gritos aislados pero enérgicos tales como “¡Victoria!”, “¡Salve Europa!”, otros cantaban en grupos canciones de guerra y gloria, otros coreaban consignas y los demás, se limitaban a aplaudir emocionadamente o a contemplar a su nuevo líder con lágrimas en los ojos.

Finalmente, logró subir al estrado, tras el que se alzaba una enorme esvástica, y se situó frente a los micrófonos que llevarían su voz a todos los rincones de la sala, en la que el ruido era ensordecedor en aquel momento. Ante él, sus más fieles camaradas, esperaban sus palabras. Aquellos que habían demostrado su lealtad con esfuerzo y lucha constantes.

-¡Camaradas! –comenzó diciendo- Camaradas! Sí, lo hemos conseguido...
¡La victoria es nuestra!

Dichas estas palabras, los presentes alzaron más todavía sus voces en un grito unánime de triunfo absoluto.

Pasó más de un minuto antes de que pudiera continuar hablando, pues el barullo no le hubiera permitido ser escuchado. A su lado, sus mejores amigos, se daban la mano y abrazaban entre sí, orgullosos y todavía sin poder creer lo que estaba sucediéndoles.

Finalmente, cuando todo el auditorio bajó el tono de las celebraciones, comenzó su discurso:

«Antes de salir a la calle para saludar a las miles de personas que están ya esperando para ver nuestro desfile por las calles celebrando nuestro triunfo, quiero dedicaros unas breves palabras.

Camaradas, mañana comienza un nuevo día, pero más allá de esto, comienza una nueva era. Mañana, nos levantaremos todos al alba y miraremos al sol. Será nuestro amanecer más hermoso. Miraremos al sol y le saludaremos, pues somos hijos del sol y como tales hemos de presentarnos ante él para decirle, cara a cara, que al fin somos dignos de ser

llamados hombres. Para decirle, que puede sentirse orgulloso de nosotros, del trabajo realizado y del trabajo que vamos a realizar en adelante.

Mañana, al despertar, cuando demos los primeros pasos, lo estaremos haciendo sobre el suelo de una nación antigua, cargada de historia, cargada de nombres y fechas pero a la vez, de una nación nueva. Una nación en la que cada uno de sus ciudadanos va a trabajar codo con codo para construir un futuro maravilloso. Seamos ejemplo para generaciones venideras sobre cómo el trabajo puede traer el progreso y cómo la superación personal dentro de la comunidad puede traer la verdadera libertad.

Camaradas, no temáis ni un segundo el nacionalsocialismo. Mañana, cuando salgáis de casa, no hace falta que cerréis la puerta con llave. Cuando dejéis aparcado el coche, no os preocupéis de dejar dentro algo de valor a la vista. Mañana, cuando anochezca, que no os dé miedo caminar por las calles. Los que seáis padres, no os preocupéis más por vuestros hijos cuando se retrasan. Porque ahora, camaradas, por fin hay seguridad. Finalmente, trabajamos todos juntos como una gran familia. Y los problemas de un camarada serán los nuestros. Y de esta forma, bajo el fascismo que tan temido fue un día, seremos, al fin libres.

Hacedme el favor, si no entendéis mis palabras, de salir ahora mismo camino de las montañas, escaladlas, sentid su fuerza. Sentid como no sois nada comparados con ellas y entended entonces la libertad que se haya tras la fuerza.

Camaradas, ha sido un largo camino. La victoria parecía imposible hace unos años y ahora al fin todo el mundo ha comprendido que estábamos en lo cierto. Al fin Europa es una sola nación aria y el resto del mundo nos observa con envidia. Nos envidian y odian porque hemos conseguido llegar a lo más alto sin cometer los crímenes que ellos comenten. Lo hemos logrado por nuestros propios medios, sin la ayuda de nadie, desde abajo, subiendo lentamente los escalones que nos separaban del triunfo final.

Pero sobretodo nos odian porque somos felices bajo los símbolos que ellos más aborrecen y todavía no pueden entenderlo.

Su mundo se convulsiona en una vorágine de problemas dentro de un rompecabezas de colores y culturas que nunca lograrán resolver, mientras nosotros hemos encontrado en la raza el equilibrio que nos llevará a la gloria.

Mientras ellos mueren preguntándose qué es lo que ha podido fallar, nosotros construimos un mundo nuevo y maravilloso. Por doquier afloran los grandes artistas, creando cuadros y esculturas como hacía siglos que no se veían. La música es ahora arte de nuevo y no ritmos selváticos. El arte, ya no es un reflejo grotesco y absurdo de personalidades perturbadas que

intentan impresionar a cualquiera que esté dispuesto a pagarlas. La belleza, el equilibrio y la virtud volverán a las calles después de años.

Finalmente, se nos ha dado la oportunidad que merecíamos. Se ha hecho justicia. En mi interior, algo me decía siempre que este día habría de llegar, tarde o temprano. Os adelanto ahora, que el tiempo va a jugar a partir de ahora en nuestro favor, pues cada día que pase, el mundo se dará cuenta que estábamos en lo cierto. Cuando vean con sus propios ojos cómo baja la criminalidad, como disminuyen las cifras de delincuencia, como la belleza lo llena todo, como la naturaleza que nos rodea respira por fin tranquila, querrán seguir nuestros pasos. Y nosotros estaremos encantados de dar la mano a todo aquel que nos la ofrezca.

Camaradas, es cierto, se lo mucho que sufríais al ver esa naturaleza morir a nuestro alrededor, irremediablemente. Ríos contaminados, vertidos descontrolados, catástrofes naturales, especies que desaparecían... vamos a parar esto de una vez. Acabaremos con la especulación, los sobornos, la corrupción y demás acciones propias de usureros a los que poco les importa un árbol cuando pueden meter un billete más en sus bolsillos y recuperaremos para nosotros y nuestros hijos paisajes tan hermosos que hacen temblar mi corazón sólo de imaginarlos. Podremos al fin, caminar entre montañas, bosques y lagos como hicieron nuestros antepasados y respirar el mismo aire que respiraron ellos, hace ya cientos de años.

Por nuestro suelo, por nuestra gente, por nuestra sangre, todo esto deberá hacerse. Con nuestro trabajo y esfuerzo, pronto estas palabras serán una realidad.

Y ahora, camaradas, quiero despedirme dandoos las gracias a todos vosotros. Pues con vuestro ejemplo, con vuestro sacrificio, con vuestra lucha sin descanso, habéis conseguido salvar a Europa de la desaparición total de su esencia. Gracias por todo, de corazón, camaradas.

¡Europa Aria! ¡Nacionalsocialismo, Victoria!»

Las últimas palabras resonaron en la sala. No hubo gritos, no hubo aplausos, pues la sala estaba vacía. Ya no era una estancia enorme sino un pequeño cuarto, donde un joven nacionalsocialista había querido imaginar tan sólo como hubiera sido la victoria. Nadie escuchó su discurso. Sus palabras se perdieron para siempre.

No había victoria, no había celebraciones, banderas ni aplausos. Todo era producto de su imaginación.

El corazón del joven había latido minutos antes con fuerza, pero ahora, volviendo a la realidad, adaptando sus ojos a su verdadero mundo, como quien despierta de un sueño, se encontraba más desolado y descorazonado que nunca. Su mirada se perdió en el infinito mirando hacia el suelo.

Lentamente, se vistió con una camiseta en la que había dibujada una gran esvástica y la tapó con una chaqueta, subiendo la cremallera para no dejar ver aquel emblema y salió de su cuarto, con una mirada triste.

Salió a la calle y las palabras que había pronunciado antes en la soledad de su habitación resonaban todavía en su cerebro. Las recordaba y las comparaba con lo que veía en aquel momento. Unas calles grises, frías, llenas de basura, repletas de gente, borregos, sin un destino concreto, drogadictos, alcohólicos o sencillamente delincuentes, dentro de bandas callejeras, de pantalones caídos o indumentaria obscena.

Y en el interior de los edificios de enormes cristaleras, aquellos que parecían no querer ver lo que él veía, aquellos que promocionaban e incitaban aquel modo de vida tan alejado de la espiritualidad que él sentía. Sexo, diversión, cuanto más grotesco, más divertido. Drogas, más libertad, cuanto más duras, más libre.

Cuando miró a su alrededor, no pudo soportarlo, pues el mundo que veía, el mestizaje que observaba, la inmundicia que abarcaba todo, eran insoportables. Alzó el brazo y gritó “Sieg Heil!”, al tiempo que dejaba al descubierto el dibujo de su camiseta. De inmediato, un par de seres se le abalanzaron, dándole una paliza de muerte.

Allí murió, el último nacionalsocialista, y sus ideas murieron con él.

RELATO 7

En este país...

En este país, hace mucho tiempo que no se cosecha. Los campos están prácticamente muertos y la tierra se ha vuelto estéril.

Los niños no tienen que comer. Las moscas se agolpan en sus ojos y lloran inútilmente a sus madres pidiendo algo que llevarse a la boca.

El sol es abrasador y no hay muchos sitios donde encontrar una sombra. Las chozas apenas si se sostienen por sí mismas. Hechas de barro, despiden de su interior un hedor a veces insoportable.

La vida aquí, se ha vuelto muy dura.

Aquellos que se aventuran a conseguir algunas de las riquezas de los gobernantes se exponen a una cruel muerte por parte de las guerrillas. Coches llenos de negros armados hasta los dientes recorren las calles y no dudan en disparar al pobre desgraciado que se cruce en su camino.

Las calles de las ciudades son un lugar peligroso, de noche y también de día.

La situación es caótica.

Nadie apaga los fuegos, nadie cura las heridas. No hay quien recoja las basuras ni quien limpie las calles.

Pero en el palacio del dictador, no falta nada de eso. Mengitsu Mante, vive en la más desbordante opulencia así como sus vasallos y seguidores, sanguijuelas del pueblo que se muere en una terrible sequía. Es una dictadura, pero realmente aquí todo se rige por la ley del más fuerte. Quien tiene un arma, tiene derecho de palabra.

Los pocos pozos que quedan, tan sólo contienen aguas contaminadas. Los animales muertos trajeron enfermedades que se propagaron con rapidez. Una fatídica plaga está acabando incluso con los pocos hombres que quedaban sanos. Hay quien piensa en los oasis... pero nadie tiene realmente fuerzas para cruzar los desiertos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Quién va a ser tan estúpido de recorrer kilómetros y kilómetros en busca de un paraíso que tal vez no exista. Los poblados le ofrecen a uno ilusión de seguridad. Tal vez rodeado de otros, no seas tú el próximo en morir. Pero estando sólo, ¿qué esperanza te queda?

Poca ayuda pueden ofrecer los países vecinos, que se hayan en una situación parecida. La comida que enviaban hace años es cada vez más escasa y ahora se limita a unas pocas cajas con bolsas de arroz en su interior, en cantidades ridículas para la cantidad de hambre que hay. Pero

es todo lo que pueden enviar dado su estado. Cuando llega uno de esos camiones, después de haber pasado, dios sabe cómo, las fronteras, la gente se agolpa a su alrededor en una desesperada y hambrienta marea humana de brazos extendidos suplicando por algo con lo que llenar sus estómagos.

Los buitres sobrevuelan los cielos. Ellos tienen, de momento, algo de qué alimentarse. Pero esa carne enferma que consumen, pronto les hará enfermar también a ellos.

En ocasiones alguien consigue cazar un buitre. Los hombres se alimentan de buitres y los buitres, de hombres. Una espiral que les lleva a todos a la muerte.

Recuerdo, que no hace muchos meses, en una de las ciudades, un grupo de personas se sublevó contra la dictadura de Mengitsu. Personas que ya no tenían nada que perder, pobres entre los pobres, pero todavía con fuerzas para alzar su voz.

Se llamaban Massemba y Lissouba, todavía con agilidad y fuerzas suficientes como para intentar una locura. Los soldados tenían miedo de las noches y su vigilancia a estas horas se hacía demasiado intensa como para intentar algo en la oscuridad, así que decidieron que deberían abrirse camino hasta el palacio de la ciudad a mediodía, cuando los soldados dormitaran bajo cualquier sombra, probablemente borrachos.

Las ruinas de un antiguo templo les sirvió de refugio frente a su objetivo para esconderse mientras los soldados cambiaban de guardia. Esperaron una hora más o menos hasta que pareció que todo estaba en completa calma. Saliendo cautelosa pero rápidamente de entre los escombros, cruzaron la calle, bordeando un coche carbonizado, hasta la valla que protegía el palacio. Y allí aguardaron unos instantes hasta que comprobaron que el guardia dormía. Saltaron la verja y entraron al interior del palacio a través de una ventana entreabierta.

Se encontraban en un despacho, en el que dormía un oficial. Massemba cogió una vara de hierro que llevaba consigo desde el inicio de su incursión y la hundió en el cráneo del desprevenido oficial, ensañándose con el cadáver, descargando su ira contra una cabeza ya separada del cuerpo. Allí mismo pudieron hacerse con fusiles y un par de pistolas.

Lo cierto es que tuvieron bastante suerte. El lugar no se hallaba muy vigilado. Los guerrilleros habían bajado la guardia por el calor sofocante y soporífero que caía en las calles.

Recorriendo los fastuosos salones y pasillos del palacio, se hicieron fuertes en su interior, acabando con todos los soldados y guerrilleros que había en su interior. Finalmente, se comunicaron con el exterior por medio de una radio, anunciando su victoria a quienes esperaban noticias de ellos. Rápidamente, la noticia corrió como la pólvora, y cientos de ciudadanos,

acudieron atropelladamente al palacio, entrando a saco y desvalijando todo cuanto encontraron a su paso. Muchas personas habían logrado hacerse con cualquier tipo de arma y comenzaron los disturbios por las calles de la ciudad entre los ciudadanos y las guerrillas, que en varias ocasiones fueron atacadas por sorpresa, provocando un gran número de bajas entre los seguidores del dictador.

Al enterarse de lo que estaba sucediendo, Muguntu, jefe de la seguridad en esa ciudad, comprendió la gravedad del asunto y llamo rápidamente al dictador Mengitsu pidiendo urgentemente refuerzos:

Comandante –le dijo con voz tensa-, tenemos problemas en Zaragoza.

RELATO 8

Mi último viaje.

Y aun no hube pasado yo por el mediodía de mi vida cuando sentí en mi interior la llamada de los dioses. Resultaba algo completamente desconocido para mí, pero supe que debía buscar ayuda donde ya nadie la buscaba, pues yo, me veía imbele. Consciente de lo desesperado de nuestra situación, me lancé hacia el exterior en busca de la mano salvadora de los dioses olvidados de nuestros antepasados. Tal vez, quién puede saberlo, ellos podrían ayudarnos.

Recorrí las calles, tan emocionado por estos nuevos acontecimientos, que tan apenas reparé en la cantidad de oscura inmundicia que se agolpaba a mi alrededor, mirándome mal, tratando de hablarme, intentando obtener algo de mí. Caterva despreciable, grey de rasgos repulsivos. Pero mi arrojo hacia lo desconocido parecía como una barrera que impedía que sus sucias manos alcanzasen mi fugaz marcha.

Me paré entonces, cuando los murmullos se hubieron silenciado y me encontraba más solo. Los edificios, construcciones oscuras, apenas si dejaban vislumbrar un pedazo del hermoso cielo. La vista de aquellas nubes, entre aquellas moles deshumanizadas, agobiantes, me conmovió tanto que dejé escapar una lágrima surgida de mi corazón. Apreté los dientes y atenazado, mi corazón latía fuertemente cuando corrí de nuevo para salir de aquella horrible urbe, imaginando lo cerca que estaba de la naturaleza, de la libertad, de los dioses.

Cuando mis pies dejaron de pisar el asfalto, quedé impresionado por la vista de aquellos paisajes. El cielo todavía era majestuoso. Era algo contra lo que no habían podido actuar. Todavía, aquellas nubes, parecían no haber sido profanadas por la oscura mano del hombre. Se movían, enormes, ante mí, teñidas de los más hermosos colores sobre el lienzo cerúleo, a estas horas de la tarde. Tonos anaranjados, azules, violetas y rojos se combinaban y me hacían recordar emociones olvidadas, tal vez recuerdos nunca vividos. Y el aire en mi rostro, me hizo sentir por primera vez, vivo. Pero todavía podía sentir el peso de aquella ciudad detrás de mí y escuchar su zumbido desesperante.

Volví a correr entonces, ocultándome a los ojos de los hombres desconocidos para mí, evitando sus voces, sus miradas. Si logro no ser descubierto, si consigo evitar que sepan que estoy allí, si hallo la forma de escabullirme de todos, lograré ser libre. Seré una sombra, un espíritu con los ojos abiertos, silencioso.

Anochece y sigo caminando. Cada vez más lejos de aquella inmundicia y cada vez, en consecuencia, más hombre. Porque ahora que solo parece

mirarme la luna y acompañarme en mi viaje las estrellas creo poder situarme al menos en parte, en el camino hacia los dioses, mis dioses. Ellos me ayudarán y dirán qué debo hacer. Ellos verán qué es lo que está ocurriendo en nuestro mundo, abrirán sus ojos y llenos de rabia ante tantas profanaciones apretarán los dientes y alzarán las espadas, golpeando fuerte. Oh dioses, calígines, exclamo yo al cielo estrellado, ¿os encontraré esta noche?

Y amanece, se alza el sol más allá del horizonte, donde un día hubo tanta vida y hoy sólo una burla de lo que es la vida. Continúo mi viaje deteniéndome constantemente maravillado ante la belleza que me brinda el paisaje a cada paso. No queda ya mucho, los páramos son tan estériles, los cauces tan secos, las colinas no son sino montones de tierra que arrastra el viento y sin embargo siempre queda algo que sobrevive a todo. Un tiempo feraces, ahora apenas los collados herbecían, pero negándose a rendirse, aunque a su alrededor no pueda ver ya nada y crea estar sola, se aferra a la tierra y no quiere soltarse una brizna de hierba.

Cojo un poco de agua entre mis manos de aquel cauce y con ellas riego esa planta que a lo lejos aguanta el empuje del viento y la arena. Y aquel soplo de vida que cae entre mis manos le ayuda a morir en paz, con el corazón aliviado. Y entonces exclamo, dioses, ¿os encontraré en este día?

Cuántas jornadas habrán pasado y aun no termina mi búsqueda. Pero finalmente llego al lugar más alejado de la mano del hombre y a lo lejos se alza una montaña iluminada por el sol de poniente, rodeada por gigantescas nubes, golpeada por los rayos y custodiada por veinte buitres que la sobrevuelan en círculos.

Me aproximo entonces tembloroso hasta ella y en mi interior algo me dice que allí están realmente los dioses que tanto he buscado. Escalo su ladera, jalonada por encinas centenarias y apoyado en su tronco cuando el cansancio es más fuerte que mi deseo de trepar, reúno fuerzas para continuar el ascenso. Oh, dioses, ¿me daréis la mano cuando llegue hasta vosotros? ¿seré yo el último que os ha recordado? ¿el último que puede salvar este mundo pútrido? Coronado por las divinidades con ramas de tomillo, tal vez vuelva a la ciudad como héroe libertador de mi raza, sobre un caballo blanco, sujetando con mi diestra un filo que deje una estela de llamas con cada uno de mis ataques. Y todos los traidores correrán espantados, aullando de terror al ver tras de mí a los dioses, más altos que cualquiera de sus grises construcciones. Pero yo, espoleando mi montura les daré alcance impartiendo justicia de forma cruel, pues he de dar cuanto he recibido de ellos y ellos a mí, sólo me dieron el deseo de estar muerto. Y terminado el reparto de las suertes, podrán salir al fin de sus escondrijos

mis hermanos de sangre, sin saber aun que para ellos este es el amanecer hermoso de sus vidas.

Avanzo cansino por la antigua senda que lleva a la cima. Y qué veo una vez arriba... estatuas, ¡tan sólo estatuas de piedra!. Aquí petrificados se encuentran el dios Lug, dios de la luz, de los hombres, de las artes, del mundo. Y más allá, Taranis, dios del rayo. Y aquí está también Neton, dios de la guerra. Y tantas otras piedras más lejos, que al mirarlas me recuerdan a la visión de un cementerio. ¿Qué ha ocurrido?

Lleno de pavor corro y abrazo llorando ese numen sagrado de Lug, implorando su despertar y brotan amargas las lágrimas de mis ojos al comprobar que nada ocurre.

Se aproximan entonces dos cuervos desde el infinito y llegan hasta donde me encuentro, posándose sobre los hombros del dios de la luz y me hablan, diciéndome: “Ah, triste humano, tan mortal como nosotros, ¿qué esperas recibir de estos dioses que han muerto de tanto tiempo olvidados? Ya no son sino piedras. Lamentable es que los hayas recordado una vez que tú también has muerto y nada puedas hacer por ellos ahora, pues tu vida fue sesgada en aquella ciudad y tu viaje no ha sido sino el viaje por el mundo de los muertos”

Y yo, impotente, consciente de no ser ya sino un espíritu errante, desciendo la montaña y busco bajo una encina un lugar para mi descanso eterno.

RELATO 9

Había una vez.

La enorme carpa del circo se elevaba imponente en la explanada. Cientos de coches llegaban de todos los lugares atraídos por los carteles que llenaban las paredes de la ciudad, anunciando un gran espectáculo.

Pitidos, golpes entre coches, gritos... la circulación era un caos total y es que nadie quería perderse el comienzo. Para colmo de males no había nadie vigilando el aparcamiento y los coches comenzaban a agolparse de forma que los primeros que habían llegado estaban literalmente sin salida alguna.

Era la segunda sesión. La gente salía de la carpa y comentaban cosas como “Ha sido increíble”, “nunca había visto algo así” y otros comentaban “había algo en su mirada que daba miedo”.

Con estas críticas, nadie quería perderselo. Las colas eran enormes y la gente se peleaba por las entradas. Aquí y allá había continuas riñas por gente que acusaba a otros de haberse colado en la fila. Incluso hubo empujones y hasta algún puñetazo. Además por si esto fuera poco, se había levantado un fuerte viento y una enorme nube de polvo castigaba a los que hacían fila, impidiéndoles abrir los ojos o respirar con tranquilidad. Parte de la carpa se soltó de sus fijaciones y el polvo llenó el interior, ensuciando todos los asientos.

Pero la espera, sin duda, merecería la pena.

Por fin les llegó el turno. Entró más gente de la que debía de modo que muchos tuvieron que estar de pie o sentarse en el mismo asiento dos personas.

Y empezó el espectáculo. Para comenzar, unas danzas y algo de música africana. Después un numero con leones. Nada del otro mundo. Todos estaban esperando el gran final, del que todos hablaban.

Y finalmente llegó el momento. Apareció el director del circo desde un lado, arrastrando una enorme jaula cubierta por una sábana negra. La llevó al centro y esperó unos instantes para mirar a su alrededor, para observar a su público. Eran todos de raza negra. Llenaban todos los asientos y en algunos lugares estaban de pie por falta de sitio. Sus ojos, abiertos de par en par esperando a que se destapase la jaula, resaltaban especialmente sobre su piel. Algunos se mordían las uñas. Las madres abrazaban a sus hijos con angustia esperando el gran momento.

Y el director, quitando de un fuerte tirón la sábana de la jaula, exclamó al público: “Damas y caballeros, ante ustedes, ¡el último hombre blanco sobre la tierra!”.

Y los gritos de asombro lo llenaron todo.

EPILOGO

Hablan los Ancestros, héroes y sabios.

Escuchadnos... Nuestros relatos han sido bien claros. Son una pequeña muestra de este futuro que os hemos anunciado. Si creéis que son irreales, si pensáis que son falsos, qué equivocados estáis. Qué esperanza quedará entonces para la tierra por la que tanto luchamos. A quién podremos llamar hijo, quién nos recordará con tristeza mientras vea ponerse el sol, si ya nadie llevará nuestra sangre. Quién nos honrará cuando nadie nos recuerde.

¿Sonará el cuerno de nuevo en lo más profundo del bosque? ¿Habrá nacido al fin aquel que lleve a la guerra a las tribus arias de europa? Pues si esto ocurriera, sepa que alzaremos nuestras espadas con él. Los grilletes caerán al suelo rotos por la fuerza del espíritu ario. Se alzarán una voz tan poderosa que acallará las lenguas viperinas y las ratas se ocultarán temblorosas en los rincones del mundo, es sus nidos lejanos.

Quién nos recordará... Quién recordará nuestras hazañas... serán olvidadas y objeto de burla. Quién defenderá nuestra raza, preservará nuestra memoria. Dónde se encuentra el guerrero legendario de terrible mirada.

Ah, dioses, siempre nace un héroe. Siempre. El día está cerca. Se avecina una tormenta que aun nadie sabe donde se ha formado. Espíritu ario dormido en los corazones de todos.

Despierta.

FIN
30-01-2005